

Gonzalo Fontana

Profesor titular de filología latina de la Universidad de Zaragoza

SE QUESTO È UN PROLOGO

Querido Félix:

Estas páginas bien podrían comenzar así: «Es de suponer que quienes no decidan prescindir de este prólogo prescindible ya saben que la añosa retórica ya selló hace tiempo las fórmulas y el arte de componer proemios: con su mención al discreto lector, con su encomio a los méritos del grave autor o la loa al relieve e importancia de la materia tratada. Y no ha de ser el humilde prologuista quien enmiende sus dictados»¹. Hoy, sin embargo, no me siento con ánimo para un prólogo de circunstancias. Con todo, los clásicos nunca me han dejado tirado y lo cierto es que me resultan muy oportunos para trasladarme ahora al género epistolar, que permite más libertades. Así, me ha venido a la cabeza aquel párrafo de Tácito que juntos fatigamos ya hace tantos años: «Mas si la vida me lo permite, he reservado para mi vejez el relato del principado del divino Nerva y el gobierno de Trajano, materia más fértil y conocida; para ese escaso y dichoso instante de la vida cuando uno puede permitirse sentir lo que barrunta y decir lo que siente». Versado en los rencorosos zarpazos del poder, el viejo Cornelio sabía que la narración de los reinados más recientes era cosa aventurada: mejor posponer la empresa para el día en que, viejo, ya no temiera morir. Yo, que sé de naufragios y cíclopes —aunque sí he logrado hurtarme a la insidiosa hospitalidad del comedor de loto—, también ando libre, «con pocos pero doctos libros juntos». Me hallo en el sosiego de quien ni ha de mendigar la aprobación ajena, ni aspira ya a medrar en el sistema educativo español, indocta y torpe máquina que sólo genera papeles que ni sé, ni me importa, entender. Son sólo los farfalleos inconexos de un culto raro e ignoto que me es tan ajeno como incomprensible.

Bajo tu interrogante por la conservación de las lenguas clásicas en nuestra Enseñanza Media, late otro más amplio y relativo a la propia supervivencia de las maltrechas humanidades en el sistema educativo occidental. Nada nuevo descubro: la Filosofía, la Historia, la Literatura, nuestras Clásicas, todas ellas están en trance de desaparición de las aulas (también de las universitarias) y de ser sustituidas, a cambio, por sucedáneos descafeinados y homeopáticos (esto es, por meras falacias) que no son sino los miserables despojos que el sistema, con sus trampas arteras, nos otorga para que peleemos por ellos tratando de conservar una triste plaza en cada centro.

Las viejas humanidades fenecen —o más bien ya han fenecido— porque el hombre que ha alumbrado nuestra época, el que ha de poblar el mundo, ya es otro. Y para sacarlo del barro, el demiurgo pedagógico ha tenido que abolir los principios racionales que fraguaron en la vieja Ilustración, hundida hoy entre el olvido, la incomprensión general y el escarnio de los bramanes que nuestros días han alzado como amos. Aquel generoso proyecto aspiraba a crear individuos que, en su momento, pudieran llegar a decir «yo». Un «yo», entendido como el fundamento último que permite que el hombre se afirme en términos éticos, estéticos, espirituales e intelectuales. Y este ha muerto, al menos como horizonte general al que los individuos pueden aspirar. Ese era, pues, el proyecto de la escuela ilustrada. De ella sólo quedan muros por los que nadie compondrá un soneto.

A ver, Félix, hablaba de la Ilustración buena. Porque también hay otra Ilustración, malísima, que es, a la postre, la que ha triunfado entre nosotros y nos arrastra cautivos tras su carro. Si el bellaco de Rousseau levantara la cabeza, se retorcería de gusto al contemplar su victoria. Él, que se casó con una analfa-

1. El autor hace referencia al libro de Félix Gay Sánchez, *Pervivencia de la cultura clásica: el latín y el griego en los I.E.S.*, Huesca, 2018.

beta para que no lo importunara, él, que abandonó a sus hijos en un orfanato purulento, vería con cínica complacencia el rumbo de nuestros hospicios iletrados. Mesías de una nueva creación, profeta de la gracia recobrada, quiso alumbrar al Hombre Nuevo: una criatura devuelta al paraíso infantil del que había sido expulsada por la civilización; un ser libre ya del lastre de la cultura, de la responsabilidad individual y, a la postre, del diálogo maduro con la vida. Había que volver a ser niños para retornar al Paraíso. Ya se ve que el mensaje no era precisamente novedoso. Y si consideramos las consecuencias concretas que, en ocasiones, este benévolo pensamiento ha provocado —pensemos en la Revolución Cultural china, tan amiga de exaltar lo nuevo y la energía adolescente—, el juicio histórico que merece resulta demoledor. No me detendré a evaluar los costes de su materialización en las últimas generaciones.

Ser adulto y autónomo no está de moda: conlleva demasiada angustia y responsabilidad. Perderse en el esfuerzo reposado de engolfar el alma en libros largos y complejos es una tortura propia de un masoquismo condenable. Cuánto mejor ser un niño feliz, gobernado sólo por el capricho, el deseo fácil y la aspiración de *consumir productos* que suministren una ensoñación consoladora, una realidad confortable de la que no sea deseable salir. Las esclavas ahorcadas por Odiseo, el fin del cabrero Melantio, han de ser relegados al olvido. Una nueva y siniestra censura moral, destinada a preservar la infantil inocencia, se ha apoderado de un mundo decidido a salvarnos de nuestra propia condición. No sea que Medea nos turbe el sueño.

Y todo ello bendecido por el aval de quienes cifran la felicidad y la autonomía humana en la liberación de los viejos paradigmas que sostenían la razón, la excelencia y la tradición, la cual, obviamente, no es una cárcel destinada a constreñir el pensamiento, sino el fondo insustituible con el que dialogar críticamente para saber algo de nosotros mismos. Mas, ¿qué diálogo, qué reflexión necesita quien pasa su vida opinando a golpe de *like* y de *tweet*? ¿Qué precisa quien afronta la vida en función de impulsos emocionales primarios? Tal individuo no podrá soportar asistir a la elección de Antígona, ni menos aún saber del destino de Sócrates. La facilidad de obviar cuan-

to suene a incómodo y, sobre todo, la inmediatez que suministra la inmensidad de los supuestos conocimientos que ofrece internet ha ahogado el proceso de reflexión crítica (y autocrítica) que precede a la configuración del entramado de ideas que permiten un pensamiento autónomo real. Decía Ortega —cito de memoria— que «la universidad [esto es igualmente válido para la Enseñanza Media] no es el lugar en el que uno aprende lo que no sabe, sino el lugar en el que uno oye lo que nunca querría haber oído». Qué lejos andamos ya de Ortega. Hoy, nuestras instituciones educativas son guarderías en las que adolescentes y jóvenes son cuidadosamente preservados de cualquier reto o estímulo moral e intelectual. Todo por su bien.

A cambio, los burócratas de la educación, administradores de la idiocia redentora, han llenado de ordenadores nuestras aulas y embarrado con sus jergas los planes de estudios. Nosotros, acólitos necesarios de la monstruosa liturgia, reiterada sin cesar, pasamos la vida sometidos a sus designios con la esperanza de lograr algún mísero alivio para nuestra pesadumbre cotidiana. Ni siquiera aspiran a que los creamos, les basta nuestra sumisión a los dictados que cada nueva innovación pedagógica, que cada ocurrencia ministerial, exige en su altar insaciable y del que los alumnos son sus principales e ignaras víctimas.

En el fondo, desprecian a los alumnos tanto como ignoran el valor del auténtico saber, que desde luego no se adquiere en internet. Todavía nadie ha logrado dar con la *página web* que permita discernir entre los contenidos serios que ofrece la red y las mamarrachadas que la inundan. En rigor, la escuela debería ser un espacio libre de internet, en el que el alumno debería hacerse con una panoplia de criterios sólidos para discernir y jerarquizar los contenidos que internet le suministrará a lo largo de su vida. Esta ha de ser la auténtica labor del profesor de nuestros días.

Y para ello, nada mejor que alejarse del mundo. Cuando éramos niños, aprendimos que los enemigos del hombre eran el mundo, el demonio y la carne. Lo del demonio ya ha pasado de moda, sobre todo porque no lo necesitamos: ya somos bastante malos sin ayuda ajena; la carne no es materia de esta carta y cada cual se la gobierna como puede; sin embargo, el asunto del mundo merece cierta atención por

lo difícil y engañoso que es. Y es que el «mundo» no es sino el conjunto de reglas no escritas, distintas en cada época, que nos envilecen y nos arrastran a traicionar nuestra propia condición humana. Sobre todo porque nos enseñan a orillar cuanto no sea realmente «útil» para alcanzar una vida que, cuanto más brutal y alienada es, más exitosa parece. En esto nuestro de la enseñanza, y precisamente contra todo lo que predicán los nuevos profetas, los hijos malos del malo Rousseau, nuestra misión es lograr que nuestros alumnos salgan de ese tráfigo y puedan contemplar la realidad —y también a sí mismos— con un poco de distancia. Sólo así podrán hacerse con alguna idea cabal sobre el significado del universo y el sentido de sus propias vidas. Perderán inocencia, mas ganarán sabiduría.

Y para ello nada mejor que aceptar la invitación que nos brindan las humanidades, con su llamada al recuerdo y su promesa de descubrimos a nosotros

mismos. Frente a la inmediatez, la lectura reposada; frente a las opiniones, argumentos; frente al capricho, la conciencia de las repercusiones de nuestros actos; frente al producto audiovisual, de consumo pasivo y asequible, la posibilidad de encimarse a las cumbres estéticas e intelectuales más altas. ¿Y qué decir del placer de desentrañar la infinita y sutil ironía que inhabita la gran literatura? Mas no nos engañemos: pocos, muy pocos, serán quienes quieran detenerse en el lento meandro que alimenta nuestro prado. Qué sabio fue el que vio que el *locus amœnus* era, en realidad, un *hortus conclusus* de acceso arduo y puerta estrecha. Con todo, lograr que un alma joven alcance a hallar algún reposo en él, será salvarla un poco, porque ella dará vida a un hombre dueño, al fin, de un «yo». Ni nuevo, ni viejo: solo un ser humano. Y quien salva a un hombre salva a la humanidad entera, como bien sabía el rabino del *Talmud*. Esa es nuestra esperanza.